

GRATITUD

“Hoy aquí convivimos con la dicha del esfuerzo y la excelencia; somos dignos vástagos esculpidos con las manos de maestras en los años de nuestra era. Con ellas aprendimos los secretos de la vida, a descubrir la sangre de tu sangre y la ventura de tus ojos, oh mujer, alimento de la vida.

Hoy aquí están los rostros de tantos que tanto en tanto compartieron un trozo de este mundo, albergaron una palabra de aliento cuando los ánimos fatigados pedían el candor en las charlas de la plaza.

Hoy, distinguida audiencia, evoco nuestros inicios y a aquellas que nos iniciaron; recuerdo el rostro de maestras y de madres recibiendo mil imágenes, amasando la esperanza en tiempos memorables. Así llegamos al seno de este mundo; así nos maravillamos con universos microscópicos, con lecturas elementales, con el cuerpo, con la mente, con nuestros sentidos abiertos, con nuestras ganas intactas.

Aquí, bajo la lumbré magnífica del estandarte que nutrió nuestros años, desarrollamos de nuevo los sentidos y el oído y el tacto percibieron al niño arrullado en la matriz de los vientres, en el ángelus de la vida, con la instrucción perenne de manos largas y sabias, que conocen la imagen de la esencia de la andorga, como dibujando en el aire las formas de la existencia. Aquí descubrimos que los fracasos no existen, solo los objetivos mal planteados, aquí amamos la vida y al prójimo y dimos justo luto a la muerte, supimos que el hombre es un ser único e irrepetible, que somos un fin en si mismo y que la vida es derecho irrenunciable.

Así comulgamos en tu nido y somos escribas en la espera de tus nueve lunas, con paciencia sempiterna en el inicio de nuestro juramento; así asistimos tu dolor y dejamos el regalo de tu carne en tus pechos fecundos; así la vida que se inicia serán los ojos de tus ojos, el llanto de tu llanto, la savia de tu vientre; así vimos el paso de tus años y tus manos nudosas, tu piel de otoño y tu voz cansada; así te dimos el consejo en el cenit de tu vida, oh mujer, principio ancestral, brazos de broquel.

Se alza entonces nuestra hermosa misión; nuestra viva visión como perentorio menester: estar atentos al verbo elemental, al mañana, que es hoy día mismo; debemos reoxigenar la mente y con ojo agudo atisbar las biopsicosociales necesidades de nuestras comunidades, de las mujeres, de las madres, de sus hijos.

Debemos mantener la grandiosidad de nuestra justificada presencia; seguir con los índices que amparan la nobleza de nuestra eminente estampa y ser instrumento indispensable en el multidisciplinario equipo que obra en pos del alivio del padecimiento en la historia de la vida.

Debemos emprender en el desafío siemprevivo; proteger tu nido dando el consejo preconcepcional en aquellas ocasiones que así lo ameriten; ilustrar oportunamente al lego, reconstruyendo culturas, evitando la desventura de los mancebos años, para así procurar que los pasos de madre sean recordados como fragante almíbar por los años de tus años, en los hijos de tus hijos, mujer de tierra, mujer de fuego”

Gracias

Marcelo Zapata